



Tríptico de la gran ciudad, 1928

Otto Dix (1891-1969)

Parte central: 181x201 cm. Laterales: 181x101 cm.

Kunstmuseum Stuttgart

El *Tríptico de la gran ciudad*, del pintor alemán Otto Dix, representa la realidad de los felices años 20 en una Alemania impregnada de la radiante cultura americana protagonizada por el jazz y el charlestón, que convive con una sociedad lacerada por el reciente desastre de la Primera Guerra Mundial. Pero la inestabilidad de la República de Weimar y la cercanía de un nuevo conflicto bélico, se hace patente en la obra y muestra lo efímero de esa frivolidad.

Otto Dix nació el 2 de diciembre de 1891 en Gera, una localidad muy conservadora de la provincia alemana de Reuss. A la edad de 13 años inició su carrera artística con un pintor y decorador local y pocos años después continuó su formación en Dresde, el centro de la cultura alemana del momento. En 1915 tuvo que ir al frente, donde presenció los horrores de la guerra, una pesadilla que se convirtió en el tema recurrente de toda su obra posterior. Tras la guerra obtuvo cierto reconocimiento lo que le permitió conseguir una cátedra en la Academia de Bellas Artes de Dresde en 1927. Con la llegada del nacionalsocialismo fue tildado de artista degenerado y parte de su obra confiscada por el partido nazi. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, fue llamado de nuevo a filas y cayó prisionero de los franceses no siendo liberado hasta 1946, momento en que regresó a Alemania. Durante la última etapa de su vida consiguió una importante proyección artística. Falleció el 25 de julio de 1969 víctima de un ataque de apoplejía.

Dix fue el mayor representante de la Nueva Objetividad, un movimiento pictórico que surgió en Alemania entre 1910 y 1933 como oposición al Expresionismo, y que puso el acento en una nueva forma de plasmar la realidad social de un modo objetivo. Para él, la finalidad del arte no radica en el embellecimiento de la existencia, sino que debe plasmar la cruda realidad tal cual es. En su obra, los temas se presentan de la forma más cruenta, provocativa y desagradable posible, retorciendo las figuras para enfatizar

la fealdad como esencia del mundo que le rodea. Las composiciones teatrales a base de posturas exageradas y formas grotescas, inscritas en un espacio que parece deformarse, generan una sensación de inestabilidad que emana de la propia obra y pone de manifiesto la realidad social de la República de Weimar, previa al estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Emplea la técnica de las veladuras de trazo fino, propia de la pintura flamenca tradicional, para delimitar el contorno de las figuras y dotar a la escena de profundidad. Sus posturas forzadas conforman el movimiento de la composición que, a priori, evidencian una falsa jovialidad, pero sus rostros inexpresivos denotan una ausencia de felicidad que permanece latente en toda la obra. La contraposición entre diversión y destrucción cobran así un protagonismo absoluto.

El formato elegido –tradicionalmente destinado a las grandes obras de temática religiosa, pensado para ser colocado sobre los altares de las iglesias– pretende establecer un paralelismo con estas y otorgar al tema representado la misma importancia que la Historia del Arte ha concedido a los temas religiosos durante siglos. Pero al mismo tiempo, se convierte en la estructura idónea para contraponer las dos realidades que el pintor nos quiere mostrar.

El panel central lo ocupa el interior de un salón de fiesta, en el que prevalece el disfrute y la diversión. En el centro, una pareja baila el charlestón, ella con las rodillas juntas y los pies exageradamente separados en una postura casi cómica. Junto a ellos una banda toca a ritmo de Jazz, un estilo musical procedente de América y afincado en la sociedad europea del momento, que se identifica a través de instrumentos como el saxofón o el músico negro del fondo. Las mujeres, ataviadas con faldas por encima de las rodillas, hombros al aire y pelo a lo *garçon* acorde a la moda de la época, fuman y se divierten como muestra del cambio en los roles femeninos que la Primera Guerra Mundial había generado en la sociedad, dotándolas de una mayor libertad que rompía, definitivamente, con los estereotipos femeninos de los primeros años del siglo XX tan supeditados a la figura masculina.



Los laterales del tríptico muestran la realidad que existe más allá de ese salón. En ella los antiguos combatientes del ejército alemán son ahora tullidos que piden limosna mostrando sus muñones frente a las prostitutas que llenan las calles. En el panel de la derecha, la majestuosa arquitectura y la procesión de mujeres ataviadas con ricos

ropajes, muestran la parte más cruda de la obra al pasar impertérritas ante uno de esos mutilados de guerra que agacha la cabeza en señal de sumisión, para ocultar un rostro cercenado cuya nariz ha sido sustituida por un postizo.

